

Humanismo y Técnica

Por Cayetano Betancur

Con el descubrimiento de la energía nuclear, la humanidad atraviesa hoy una crisis semejante a la que sufrió en los albores del Renacimiento al percatarse que este planeta en que vivimos no era el centro del universo y sí, al contrario, un minúsculo cuerpo perdido en las inmensidades estelares. El rey de la creación hubo de reconocer entonces que era sólo un vil átomo sometido a la inflexible causalidad físico-natural: que tal vez su imperio en el mundo era apenas una amable comedia que los filósofos y teólogos habían inventado piadosamente para consuelo suyo. La astronomía, como dijo Kant, destruyó la importancia del hombre y le hizo ver muy claro que su ser físico volvería a la tierra

NOTA. — De la obra "Filósofos y Filosofías", que es una suma de ensayos, algunos de los cuales correspondió honrosamente a nuestra Revista publicar por primera ocasión, reproducimos este maravilloso estudio de inocultable actualidad. Cayetano Betancur pertenece al grupo de profesores fundadores de la Universidad Pontificia Bolivariana. Relievar su valía es redundancia, teniendo en cuenta el prestigio y la admiración que disfruta. Bástenos transcribir un apretado elogio suyo, realizado por otro insigne filósofo, estudiante fundador de este claustro. Dice Abel Naranjo Villegas: "Pertenece Cayetano Betancur al grupo de intelectuales que renovaron en Colombia los estudios de la filosofía, otorgándole una dignidad y un específico estilo a la exposición de los más arduos temas. La Lógica, la Ética, la Metafísica, la Psicología y la Epistemología son vertientes que él domina y ha explicado en diversas y muy ilustres cátedras. Ninguna de las corrientes modernas le es desconocida y a él le debemos la exposición y confrontación de mucha de su temática. Dueño, por otra parte, de un estilo muy ceñido y escrupuloso, se lee con provecho y agrado. De ahí que pueda citarse que con su generación se inicia en Colombia la auténtica preocupación filosófica, aquella que obedece a un pensamiento autónomo y no como vicario de intereses de otro orden. Ese el mérito principal de su lenguaje y el respeto que suscitan sus ideas en todos los círculos".

de donde era oriundo, sin que por ello se conmoviera ni alterara, en lo más mínimo, la economía del universo.

Este escándalo que trajo a las almas cristianas de entonces la teoría heliocéntrica, se repite ahora en forma más discreta, pero no por ello menos profunda, cuando vemos que en un momento dado el hombre es capaz de desatar de los elementos que lo rodean, una poderosa fuerza destructiva de grandes masas humanas y hasta apta, según algunos sabios, para convertir nuestro planeta en una gran nebulosa, desde luego hostil a toda vida.

Pero el desconcierto no se habría producido, ni la crisis humana habría tenido lugar, ni el escándalo habría azotado a las conciencias, si una antigua teoría griega, la de los estoicos, a través de Cicerón y los demás filósofos romanos, no hubiera penetrado en el cristianismo primitivo y otorgado un ambiente peculiar al dogma del hombre como hijo de Dios y criatura salida de sus manos. No tengo tiempo ni es esta la ocasión de comprobar históricamente aquella tesis. Mas es lo cierto que con el imperativo de "seguir la naturaleza", tan caro a los estoicos, nos desviamos del verdadero mandato divino según el cual el hombre es el ser que emerge de la naturaleza y la supera. Sobreponerse a la vida natural es el anhelo de toda ética y de toda religiosidad, en suma, de toda cultura propiamente humana. Claro que para acomodar la citada frase estoica al espíritu cristiano, hubo de tomarse el concepto de naturaleza en un sentido largo que pudiera comprender al hombre en su ser espiritual. Pero la palabra era equívoca, pues designaba dos cosas entre sí distintas y a veces hostiles. Este trágico equívoco produjo y seguirá produciendo en la humanidad crisis tan hondas como las que hoy padecemos.

De aquí resulta que, por no dar a la palabra naturaleza su verdadero sentido, creemos que la energía atómica hoy desatada, es hija del hombre y de su cultura, que con su descubrimiento nos hemos realizado más plenamente aún. Pero al mismo tiempo se advierte que esta misma realización del hombre es su posible destrucción. Y se habla entonces, con toda lógica, dado el punto de partida, que el progreso humano es una contradicción insoluble, un callejón sin salida, una aporía.

Pero, ¿por qué no reconocer que si la ciencia y la técnica han logrado desintegrar el átomo, lo que con ello se ha obtenido es sólo más naturaleza? ¿A causa de qué el hombre ha de sentirse ufano de descubrir en torno suyo más fuerzas naturales que amenacen su existencia? ¿Puede la ciencia actual envanecerse con este su primer paso hacia un mundo mejor? Muy al contrario, tal descubrimiento es apenas el escenario para que el hombre actúe como tal; a este primer papel del científico que nos da más naturaleza, ha de seguir ahora el papel del hombre que la supera. Sabemos que el fuego es también una desintegración, sólo que no del átomo, sino de la molécula; pues ese momento crucial en que el fuego se puso a merced del hombre, no fuera tan importante ni habría sido causa de tantos progresos suyos, si, al mismo tiempo que halló el fuego, no hubiera hallado con él la manera de apagarlo. Esto era posible con el fuego, por razones que a todos parecerán obvias. Pero como con la energía atómica aún no se ha llevado a cabo esta segunda etapa, cabe entonces decir que el estado actual de la humanidad no es de progreso, sino de regreso, no es un avance sino

un paso atrás, a las épocas en que el hombre estaba rodeado de mil peligros que lo acechaban y de la muerte que rondaba en torno suyo.

Sin embargo, dos maneras se han hallado en la historia para contrarrestar la naturaleza: La primera está expresada en el apotegma de Bacon: "natura parendo vincitur": a la naturaleza se la somete, obedeciéndola. Por esta primera vía el hombre vuelve a la naturaleza, escruta sus secretos y los arranca de su seno para dominarla nuevamente. Mediante esta actitud, el hombre que domina la naturaleza, sigue fiel a ella, se mueve dentro de su escenario y cuando la contradice es sólo por un aspecto, pues en el otro extremo de su acción continúa comportándose como ser natural, como esclavo de sus fuerzas.

Pero como no siempre la naturaleza puede ser vencida, existe una segunda manera de enfrentarse el hombre a ella y de oponerse a su fatalidad. Es la del humanismo renacentista, que descubrió que por muy vasto que fuera el universo, por irresistibles que aparecieran sus fuerzas, el hombre podía colocarse por encima de la fatalidad natural, porque es además espíritu y porque las potencias del espíritu pertenecen a un mundo distinto y distante del gobernado por las leyes del cosmos. El humanismo del Renacimiento, antes que sentirse humillado y escarnecido por la inmensidad del universo, se irguió, pequeño como era en su ser físico, para proclamar el primado del espíritu y de la cultura, del pensamiento y de la voluntad.

Es impresionante el perfil que esta idea guarda a todo lo largo de nuestros últimos cuatro siglos de historia de las ciencias naturales, hasta el punto que puede hoy decirse que cada descubrimiento científico fundamental provocó el incremento en la conciencia humana de que por encima de la fatalidad natural, está el reino de Dios que habita en el hombre en forma de espíritu pensante y libre. Y es más aún, todos los grandes pensadores que contribuyeron decisivamente con sus descubrimientos al adelanto de las ciencias y al dominio de la naturaleza, fueron a la vez almas profundas, en ocasiones incluso de religiosidad acendrada; en la medida en que usaban denodadamente del postulado determinista en la investigación natural, supieron colocar los destinos del hombre y de la historia en una región mucho más alta que la materia. Bastaría recordar a Newton, para quien el espacio en que se mueve el mundo era la misma inmensidad de Dios. Pero todavía resulta más característico Pascal, a quien las matemáticas modernas deben avances capitales: Pues Pascal decía que ante la magnitud de un astro y nuestra pequeñez con ella comparada, podíamos oponer en cambio el conocimiento que de aquél tenemos, mientras el astro nos ignora. Y en este sentido, las hermosas palabras de Kant nunca serán suficientemente repetidas: "Dos cosas llenan mi ánimo con creciente admiración cuanto más pienso en ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí... La visión de una multitud innumerable de mundos destruye mi importancia como criatura animal, cuya materia tendrá que devolver al planeta... La segunda mirada, por el contrario, eleva mi valor como ser inteligente infinitamente, mediante mi personalidad, en la cual la ley moral me revela una vida independiente de la animalidad y aún de todo mundo sensible".

He traído a cuento todo este largo incidente de la energía atómica que ahora inquieta al mundo y lo he colocado en correspondencia con acontecimientos similares en la historia de la cultura occidental, porque se advierte en nuestras últimas generaciones estudiantiles un desapego a las cuestiones especulativas, un desvío de las humanidades y de la filosofía que sinceramente han de preocupar a todos los que se interesan por el porvenir cultural de nuestros jóvenes y por lo que dentro de unos decenios haya de ser Colombia, cuando la gobiernen los que todavía pueblan las aulas de sus universidades y colegios.

“El hombre desea naturalmente conocer”, dice Aristóteles al comienzo de su metafísica. Pero ¿reflexionan ahora nuestras juventudes sobre los fines del conocimiento, sobre aquello por lo cual pasan horas y horas pendientes de los labios del profesor o con los ojos clavados en los textos? Pocos serán los jóvenes que ignoran, sin embargo, que el conocimiento sirve al hombre para salir de sus limitaciones, para horadar el cerco que en torno a él pone la naturaleza. Conociendo, el hombre triunfa sobre el miedo, el hambre y las necesidades primordiales. Pero este primer resultado del conocimiento no puede conducirlo a envanecerse y a sentirse satisfecho. Si bien se mira, el animal ha llegado a esa misma meta mediante sus finos instintos. El conocimiento no puede servirle sólo al hombre para obtener más confort, para aliviar la pesada carga del trabajar con el sudor de su frente. De ser así, el hombre no estaría por encima del bruto, no podríamos hablar del *homo sapiens* ni siquiera como un grado superior, sino inferior al en que está situado el animal.

Hay otra misión del conocimiento de más alta dignidad y por la cual resulta posible mirar al hombre como esa criatura que señorea el universo. Esa misión es, parodiando la frase célebre, “una finalidad sin fin”. Esa misión del conocimiento es la de la mirada desinteresada; sólo por ella, el hombre es capaz de crear nuevos mundos, mundos que ya no son naturales, sino culturales, el mundo de la religión, el del arte, el de la historia, el de la ciencia.

Ante estas posibilidades del conocimiento humano representadas en los mundos culturales de que hablo, todo lo que dejamos atrás es zoología. El saber como poder tiene que ser entonces colocado muy por debajo del rango que corresponde al saber teórico, desinteresado. El “homo faber”, es decir, el hombre como simple técnico, resulta así no superior en esencia, aunque lo sea en grado, al chimpancé más desarrollado, según la clásica sentencia de Scheler.

Las generaciones actuales tienen la propensión a sobreestimar la técnica sobre el saber teórico. Esta ocurrencia es explicable dada la catástrofe mundial de que ellas fueron espectadores estupefactos. Han visto cómo la técnica americana e inglesa ha destronado imperios que parecían confundir sus raíces con las de la historia y dejado inermes poderíos militares como el alemán. De ahí concluyen que muy poco deberá servir para la vida el saber quién fue Platón y que cosa sea su teoría de las ideas, qué representa un Sandro Botticelli o un Leonardo Da Vinci y por qué los últimos cuartetos de Beethoven llenan de pismo y admiración a unos cuantos entendidos.

En primer lugar, que esta actitud sea corriente en los pueblos sajones, no debiera conducirnos a imitarla. Son ellos pueblos jóvenes que hace diez siglos no más habitaban las selvas germánicas. Y como toda juventud, compensa su practicismo con una concepción del universo y de la vida en verdad más idealista que la de los grupos humanos de larga experiencia y milenaria cultura. Nosotros, que pretendemos ser en algo herederos de las civilizaciones mediterráneas, en especial, de la románica o latina, de una parte, y quizás también de las muy viejas culturas aborígenes, somos por ello mismo pueblos realistas, con el realismo que da la madurez histórica como también ocurre en la madurez individual. Mas, cuando el realismo deja de ser un equilibrio entre las cosas y los valores, degenera en practicismo, en vulgar y grosera adhesión a la desnudez de las cosas circundantes, sin horizontes que eleven el alma y la levanten a planos superiores. Los pueblos latinos no pueden ser prácticos, porque son sencillamente realistas; el utilitarismo es en ellos una terrible aberración, una corrupción de lo óptimo, que, según el aforismo, es la peor de todas las corrupciones.

Pero lo que sobre todo olvida este practicismo es que la técnica de que hoy gozamos es hija legítima de la filosofía y de la especulación metafísica de la última Edad Media y del primer Renacimiento. En los círculos occamistas y escotistas se empezó a disolver la creencia en la pasividad de la materia, y con la multiplicidad de formas que hizo posible Scoto, se destruyó el concepto substancialista clásico y se trataron los cuerpos, consecuentemente, como funciones y sus esencias, ya no como entelequias, sino como legalidades. A su turno, Nicolás de Cusa, al aplicar a Dios el infinito matemático, sugirió más tarde a Copérnico, Galileo y Keplero el traslado de este método para la medición de la naturaleza. Dos siglos después, el Kant juvenil en quien culmina toda una línea de la historia de las ideas físicas, al pensar que es ofensivo de Dios atribuirle un gobierno del mundo, porque sería suponerlo muy poco sabio al crearlo sin lo necesario para mantenerse, deja establecido, en bases teológicas, el determinismo de la materia que es el supuesto sobre el cual sigue trabajando la física de nuestros días, si exceptuamos el principio de indeterminación de Heisemberg. Ahora bien, a nadie se escapa que los modernos descubrimientos técnicos tienen su origen solamente en estas cinco o seis grandes ideas sobre el mundo que concibieron los científicos cruzados de filósofos que atrás he nombrado.

Y todavía debemos decir algo más contra el practicismo: Una nación no prospera nunca parcialmente. Llega un momento en la vida de los pueblos en que a la vez aparecen el gran pensador, el gran economista, el técnico sorprendente, el poeta admirable, el artista iluminado y hasta el gran futbolista. No podemos aspirar que nuestros físicos inventen el radar o industrialicen la energía atómica mientras nuestros matemáticos no estén a la altura de los grandes centros culturales del mundo y nuestros pensadores no se igualen por lo menos a los de la Europa actual, o nuestros artistas no nos den gran poesía, gran pintura y gran música. Ya es un lugar común que la prosperidad económica no sólo no es la causa de las ideas, sino que ciertas ideas han hecho posible justamente esa inmensa riqueza de que disfrutaban algunos países. Léase por ejemplo en Max Weber lo que significó el calvinismo con su

doctrina de la predestinación para el adelanto económico de los Países Bajos.

Sólo falta que el practicismo llegue a obnubilarnos a estas horas en que los pueblos que han creado la técnica, regresaron cansados de la guerra y buscan en el arte, en la religión, en la filosofía, como otras veces ha ocurrido, un refugio contra el éxito de las armas y una confirmación de que verdaderamente lucharon por nobles ideales y no para demostrar que si la fuerza produce el derecho, el efecto cambia con la causa, pues toda fuerza que se sobreponga a la primera, reemplaza a su derecho, como escribía el filósofo ginebrino.

Las juventudes de Colombia deben retornar a la gran tradición patria que produjo ejemplares tan perfectos de saber y virtud. Debemos ser fieles a Rufino José Cuervo que en la soledad del altiplano estudiaba y confrontaba las grandes producciones de los lingüistas europeos. Y Cuervo, como ningún otro colombiano, puede ser nuestro paradigma ya que tuvo la fortuna de haberse logrado plenamente en el ramo que escogió para su vida intelectual, sin dejar por eso de amar y conocer las restantes disciplinas humanas. Porque combatir el especialismo, no equivale a rechazar la especialización. Hoy como nunca tuvo sentido el "ars longa, vita brevis" de los antiguos. Es necesario, por tanto, profundizar en una región del saber, ser en ella seguros y firmes, cultivarla con pasión y si se quiere con obsesión; sólo en esta forma conoceremos sus arcanos. Pero al lado de esa actividad fundamental y seria, debe venir el interés por todos los restantes órdenes del espíritu. La especialidad nos torna profundos, pero limitados, responsables, pero en alguna forma operarios inconscientes y serviles de la cultura humana. Con la especialidad rendimos nuestro tributo a las generaciones futuras, y pagamos a la humanidad la deuda de albergarnos en su seno. Pero como el hombre es también un ser personal, ha de cultivarse él mismo como una obra de arte, ha de realizar una personalidad armónica aunque para llevarla a cabo tenga que sacrificar mucho de lo que podría dar a sus semejantes.

El problema actual de la educación se ha complicado así extraordinariamente en nuestros días, pues la creciente interdependencia humana, no sólo de hombre a hombre, sino de país a país y de continente a continente, está exigiendo la división del trabajo. Esta división impone la especialidad. Pero a ella no puede ser sacrificado el individuo, o para decirlo más exactamente, la persona individual, ya que de lo contrario sólo concluiríamos por hacer de la sabiduría y de la ciencia un inmenso cuartel de esclavos. La especialidad deberá así armonizarse con la realización total del hombre. Si el ideal del Renacimiento fue el hombre "dilettanti", el que se deleitaba en el saber y tomaba de todos los órdenes del espíritu aquello que mejor venía a sus gustos y preferencias, el ideal del hombre actual es aún más complejo, pues se trata de una armonía entre lo profundo y lo superficial circundante, entre una región especializada del saber y las restantes que apenas se cultivan para deleite del espíritu, para ser en ellas deleitante, es decir, "dilettanti".

La tarea, como se ve, ha crecido en increíbles dificultades. Ya la pretensión del Renacimiento quedó irrealizable para la mayoría de

las gentes, y todavía seguimos escrutando las causas que permitieron la floración de esa gloriosa generación de sabios, artistas, inventores, juristas, filósofos, guerreros y santos. Por lo tanto, mucho más complejo será descubrir en nuestros días qué es lo que hace que las cumbres actuales del saber como un Einstein, un Freud, un Kelsen, para citar sólo a los más creadores, sean incomparables en su ciencia respectiva y al tiempo mismo se asomen a los predios aledaños de la cultura y vislumbren en ellos, con portentosa sagacidad, elementos que no sólo contribuyen a ensanchar los lindes de su propia ciencia, sino a alimentar el espíritu en el maravilloso espectáculo del conocimiento.

Hay, sin embargo, un símbolo de esta maravillosa armonía, más rica y, por lo mismo, más inaccesible que el noble ideal del "uomo singolare" del Renacimiento. Ese símbolo nos lo dió Miguel Angel al corregir el trazado del Bramante para la cúpula de San Pedro en Roma. En el proyecto del Bramante, el cuerpo central es proporcionado a los cuatro costados; en la corrección de Miguel Angel, el cuerpo central se amplió en forma desmesurada al par que se achicaron los cuatro extremos. El trazo primitivo es más renacentista; más clásico, el de Miguel Angel, en cambio, es más barroco, cabe decir, más libre y vigoroso. Con Bramante terminaba una época de la arquitectura y con Bounarrotti empezaba otra, la del gran barroco del siglo XVII que corresponde a nuestra actual cultura dinámica y dialéctica.

Pero dentro de lo que vengo anunciando, también es ostensible que el conocimiento no lo es todo; hay un orden emocional, un **ordre du coeur** que quizás por estar tan entrañado en nuestro ser, muy poco nos cuidamos de él y de su educación y acrecentamiento.

Justamente en los lindes del saber empieza la alta vida del sentimiento, a la que corresponde el arte, la religión y la moralidad. El saber sólo es una cruz: **Crux, mea lux; lux, mea crux**, clamaba el filósofo de Sils Maria. Sólo cuando se conjuga con todas las restantes potencias del espíritu, el saber resulta soportable. Una vida sacrificada ante el conocimiento no es una vida total; y puede decirse que ese saber mismo se ha frustrado, que se ha perdido para él lo mejor de su esencia, pues como ha dicho Hegel, "el saber no sólo se conoce a sí mismo, sino que conoce también lo negativo de sí mismo o su límite. Saber su límite quiere decir, saber inmolarse".

He aquí, pues, cómo he empezado por exaltar el conocimiento para concluir que esta misma actividad espiritual es capaz de inmolarse ante valores superiores. Esos valores superiores que ahora echamos más de menos, son los del carácter y de la alta vida moral. Podríamos imaginar que una máquina portentosa llegara un día a combinar todas las palabras de un idioma de forma tal que entre las combinaciones posibles resultara al cabo o "La Divina Comedia" o el "Fausto" o "Hamlet" o "La Crítica de la Razón Pura".

Pero lo que no podremos esperar jamás es que una máquina produzca un solo acto de carácter moral.

Para ello sólo está el hombre en su ser todo como totalidad espiritual y emocional. Siendo esto así, ¿nos resistiremos a aceptar la llamada de la divinidad que otorgó a nosotros, como hombres, esa alta misión?